

obedientel, hasta ahora se ha resistido mi voluntad á la obediencia; mas, en adelante, quiero hacer la voluntad de Dios, obedeciendo á mis superiores. De tí espero, ¡oh Madre mía!, la gracia necesaria para renunciar á mi propio querer y estar sumiso á las órdenes que se me impongan. Tu ejemplo me acaba de resolver, ¡oh Virgen clementísima! Quiero imitarte confiado en tu protección.

XVIII

MEDITACIÓN SOBRE LA CASTIDAD

PUNTO I.—Considera que esta virtud es necesaria á todo cristiano, cualquiera que sea su estado y condición. “Bienaventurados los limpios de corazón, dice el Salvador, porque ellos verán á Dios”. Esto es: no sólo le verán con los ojos de la fe, sino como una visión particular que los hará dichosos y felices. Dios no se comunica sino á las almas puras; sólo en ellas derrama en abundancia sus gracias; para ellas solamente está reservado el reino de Dios, porque: “ninguna cosa manchada entrará jamás en el reino de los cielos”. Todos tenemos necesidad de salvarnos, y, sin esta virtud está cerrada para nosotros la puerta del paraíso. Aunque amontonáramos infinitos tesoros de gracia y merecimientos; aunque poseyésemos el dón de hacer milagros, todo lo perderíamos, perdiendo esta virtud; todas las flores del corazón se marchitan, si no las alumbró el sol de la pureza; todas las virtudes pierden su brillo si no las ilumina esta preciosa virtud. Nuestro Señor Jesucristo que permitió que lo calumniasen groseramente; que lo trataran de embustero, impío, blasfemo; no consintió que sus enemigos atacasen su pureza; en tanto aprecio

la tenía. Si viene al mundo, quiere nacer de una virgen; y ama más, entre todos sus discípulos, á aquél que ha guardado la virginidad. ¡Oh Señor! yo me confundo en mi miseria, cuando pienso que mi cuerpo tantas veces profanado, es el templo del Espíritu Santo. ¡Oh Dios, mío!, no permitas que este pensamiento sirva para mi condenación; sino, antes bien, para mi salvación. Yo propongo, Señor, purificar mi alma y mi cuerpo, á fin de hacerme agradable á tu divina Majestad.

PUNTO II.—Considera que esta inestimable virtud es tan delicada, que exige de nosotros un sumo cuidado para no perderla. Tres medios tienes á tu disposición: la oración, la mortificación y la vigilancia. Por lo mismo que la pureza es una flor tan delicada que al menor soplo se marchita, necesitas estar prevenido contra los más leves peligros, y ¿cómo conseguirás la gracia necesaria si no la pides al Señor? Suplica, pues, humildemente á Dios, como el Profeta David, que cree en tí un corazón limpio, y que renueve en tus entrañas un espíritu recto. La castidad es una rosa purísima, que no mantiene su fragancia, sino entre las espinas de la mortificación. Es preciso castigar su cuerpo y reducirlo á servidumbre, como lo hacía el Apóstol san Pablo. El cuerpo es un criado soberbio, y es necesario humillarlo con el castigo, oprimirlo con el trabajo, para que esté sumiso y no se rebele contra el espíritu. La pureza es un lirio que no crece sino en los valles, y es preciso vigilarlo para que no lo roben los enemigos del campo. Velad, nos dice el Salvador, velad, para que no entréis en tentación. Si la tentación nos sorprende, estamos en peligro de caer; pero, si estamos en vela, es casi cierta la victoria. ¡Dios y Redentor mío!, ya conozco el mérito y la importancia de esta preciosa virtud, sé también que está rodeada de peligros; tú me has enseñado las precauciones que debo tomar para evitarlos; resuelto estoy á ponerlas en práctica. Sólo cuento con tu gracia,

para llevar á cabo mi propósito; te la pido, pues, con humildad y la espero con confianza.

PUNTO III.—Considera la incomparable pureza de María Santísima. Inmune de toda mancha desde el primer instante de su Concepción, era, por esto mismo el objeto de las complacencias de Dios. El Padre complacido de su pureza la quiso para su Hija; el Hijo prendado de su virginidad, la quiso para Madre, y el Espíritu Santo recreado con su belleza la quiso para Esposa; su purísimo corazón era el templo de la augusta Trinidad. ¡Oh María, Reina de las vírgenes!, eres Madre de Dios, y no lo hubieras sido con mengua de tu virginidad; tu pureza es la admiración de los ángeles y el encanto de Dios. Yo quisiera, ¡Virgen purísima!, imitarte en esta angelical virtud, á fin de merecer vuestra gracia y la del cordero sin mancha. Mas, ¿cómo podré conservar puro el corazón si vos no lo protegéis? ¿Cómo podré presentárselo á Dios, si no lo purificáis? Protegedlo, pues, Virgen Inmaculada contra las tentaciones que lo acechan; purificadlo de toda mancha, y merecerá la complacencia del Padre, el amor del Hijo, y la gracia del Espíritu Santo.

XIX

MEDITACIÓN SOBRE LA FORTALEZA

PUNTO I.—Considera que la fortaleza consiste en la constancia del ánimo para vencer todos los obstáculos que se opongan á la perfección, permaneciendo firme en la práctica del bien. Esta virtud tiene sus grados por los que ha de pasar para llegar á su plenitud. El primero es la mortificación de todas las pasiones, el desprecio de todos los placeres y el ejercicio de todas

virtudes. Esta fortaleza es recomendada por el Espíritu Santo, en estas palabras: “Mejor es el hombre paciente que el valiente guerrero, y el que domina su corazón vale más que el conquistador de ciudades”.

El segundo grado consiste en sacrificar su vida por sus prójimos. Nuestro Señor Jesucristo enseña que “Nadie tiene mayor caridad que aquel que da la vida por sus amigos”.

El tercer grado consiste en sufrir el martirio con grandeza de alma. Todos los mártires del cristianismo han dado ejemplo de esta fortaleza, porque morían llenos de gozos en los más crueles tormentos y cantando alabanzas al Señor.

En el cuarto grado se encuentran aquellas almas que sufren con firmeza los males más terribles y que les sobrevienen de repente. Cuando se prevé la adversidad, es fácil armarse de fortaleza para sufrirla; mas, cuando acomete súbitamente, se necesita el hábito de esta virtud, para no sucumbir bajo el peso de la desgracia. En fin, el último grado consiste en sufrir con alegría las más terribles penas. Esta fortaleza tuvieron los Apóstoles que “salían del consejo llenos de júbilo, porque fueron encontrados dignos de sufrir afrentas por el nombre de Jesús”. ¡Cuán distante estás de tan grande perfección! Tú, que ni has vencido sus pasiones, ni desarraigado tus vicios, humíllate delante de Dios, por ser tan imperfecto, y pídele su gracia para adquirir esta virtud.

PUNTO II.—Considera los medios que debes emplear para tener la fortaleza. En primer lugar, y antes que todo debes pedir á Dios. Él mismo te dice: “Invócame en el día de la tribulación, yo te libraré y tú me glorificarás”. El segundo medio es prever los mayores males y disponerse para sufrirlos. Cuando se conoce al enemigo se prepara uno para la victoria; pero, cuando viene la sorpresa hay que temer la derrota. El tercer me-

dio es adquirir el hábito de arrostrar sin temor los males más pequeños, y que acontecen todos los días. De esta manera se perfecciona insensiblemente nuestra fortaleza y estamos preparados para los grandes peligros. El cuarto medio es el ejemplo de Jesucristo. Nuestro divino Redentor manifestó una fortaleza admirable, cuando, viendo acercarse á la tropa de soldados que debía prenderlo, lejos de huir se dirige á sus Apóstoles, diciéndoles: “Levantaos, vamos; porque se acerca el que me ha de entregar”. El quinto medio es un amor ardiente de Dios. Inflamado con este afecto se sentía el Apóstol, dispuesto á sufrirlo todo y por eso exclamaba: “¿Quién nos separará de la caridad de Cristo? ¿Será la tribulación?, ¿serán las angustias, el hambre, la desnudez, los peligros, la persecución ó la espada? Mas, todo esto lo vencemos por aquel que nos amó”. ¡Quién estuviera animado de los mismos sentimientos que san Pablo! Trabaja desde ahora, en santificar tu alma, y conseguirás ser fuerte con la virtud de Dios.

PUNTO III.—Considera la fortaleza invencible de María en los mayores trabajos. Un ángel dice en sueños á José que huya á Egipto con su esposa y el niño, porque Herodes está preparado para matarlo, y María sufre sin turbarse en esta gran tribulación. Los santos esposos van á Jerusalén por el tiempo de la Pascua y Jesús se pierde entre la muchedumbre; María pasa tres días de angustia; pero su corazón permanece firme y robusto en medio del sufrimiento. Para contemplar en toda su plenitud la fortaleza de María, es preciso trasladarse en espíritu al Calvario y verla al pie de la cruz de su Hijo, recibiendo sus palabras, contando sus dolores, agonizando con sus agonías y muriendo con su muerte. Con razón la llama la Iglesia la torre de David. ¡Sí! María es una torre fortísima que no ha podido conmover el huracán de las tribulaciones. ¡Oh, María, Reina de los mártires!, de tí han aprendido estos

héroes del cristianismo la fortaleza que ostentaron en su martirio; y de tí quiero aprender yo la fuerza para vencer á mis enemigos y servir á Dios hasta la muerte.

XX

MEDITACIÓN SOBRE LA CONFIANZA EN DIOS

PUNTO I.—Considera que la verdadera confianza en Dios se funda en su infinita bondad, nos ha sacado de la nada y nos conserva la vida en medio de tantos peligros; nos ha redimido con su sangre y nos mantiene en gracia. Dios es infinitamente poderoso. Su omnipotencia brilla en nosotros de un modo particular. ¡De cuántos riesgos no nos has libertado!, ¡cuántas veces ha combatido á nuestro lado!, ¡qué de enemigos hemos vencido con su poder! Justo es, pues, que confiemos en Él. Quiere y puede beneficiarnos. ¿Qué más podemos apetecer para estar tranquilos? Aunque estemos para sumergirnos en el mar de nuestras amarguras, confiemos en Dios, á fin de no escuchar de sus labios las palabras que dirigió á Pedro: “¿Qué temes, hombre de poca fe?” Él nos ha prometido que sin su voluntad, nadie tocará ni un cabello de nuestra cabeza; y el Apóstol san Pablo nos alienta diciéndonos: “Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?” ¡Ah, Señor!, ya nos abandonamos enteramente en vuestros brazos; en vuestras manos están nuestras almas. ¡Oh Dios misericordioso! Cúdalas tú, dales el alimento de tu palabra para que se nutran, sacia su sed con esa agua que sólo tú haces brotar, y que salta hasta la vida eterna; limpia sus manchas con tu preciosa sangre; y así confortadas y purificadas, acompáñalas en el viaje de esta vida, é introdúcelas después en el seno de tu gloria.

PUNTO II.—Considera que no se puede confiar en Dios sin desconfiar en sí mismo. Tanto como es importante la confianza en Dios es dañosa la presunción ó vana confianza en sus propias fuerzas. El hombre es una débil caña que derriba el menor soplo de la tentación; y ¿cómo tiene la temeridad de presumir de sí mismo? Cuando los setenta y dos discípulos volvieron de su misión, dijeron á Jesús, llenos de alegría: “Señor, hasta los demonios se nos sujetan en tu nombre”. Entonces Jesús les dijo: “Yo veía á Satanás caer del cielo como un rayo”. Esto fue lo mismo que decirles: Guardaos bien de envaneceros por las gracias que habéis recibido de mi poderosa mano; mayores las concedí á Lucifer y sus ángeles; eran las criaturas más excelentes que había criado mi omnipotencia; y, sin embargo cayeron precipitados al abismo por su orgullo y necia presunción. A medida que hayamos recibido del cielo mayor número de favores, debemos humillarnos más y desconfiar de nosotros mismos, para poner toda nuestra confianza en nuestro Señor, “trabajando siempre en el negocio de nuestra salvación con temor y temblor”. Las pasiones nunca se doman enteramente, el enemigo común no duerme jamás; si presumimos de nuestra virtud, el demonio triunfará de nosotros; si no confiamos en Dios, nos dejará de su mano y entonces somos perdidos. David que había vencido tantas tentaciones, que había hecho tantos progresos en la virtud, que estaba formado según el corazón de Dios, cayó en los más graves pecados apenas confió en sí mismo. Escarmentemos con su ejemplo, para que no nos suceda la misma desgracia. Tengamos siempre delante de los ojos esta sentencia de Jesucristo: “Después que hayáis hecho cuanto os he mandado, decid: siervos inútiles somos. Bienaventurado aquel que desconfía siempre de sí, y anda temeroso”.

PUNTO III.—Considera que si debes confiar en Dios,

como en tu Padre, debes confiar en María, como en tu tierna Madre. Ella te ama con un amor entrañable; sus ruegos son eficaces en la presencia de su Hijo, y tú mismo tienes experiencia de sus beneficios; y ¿qué más motivos quieres para confiar enteramente en su protección? Si tus enemigos te acechan por todas partes y no te dejan sosiego, acude á María; ella es un ejército ordenado en batalla que los dispersará en el instante. Si el demonio, como un león rugiente, da vuelta á tu alrededor para devorarte, invoca á María, ella tiene el poder de quebrantar la cabeza de la infernal serpiente. En todos los conflictos en que te vieres, implora su asistencia y no serás confundido. ¡Oh María, en adelante tú serás mi apoyo y mi sostén; en tí pondré mi esperanza para no ser vencido.

XXI

MEDITACIÓN SOBRE LA FUGA DE LAS OCASIONES

PUNTO I.—Considera esta sentencia del Espíritu Santo: “El que ama el peligro perecerá en él”. Cuando el hombre ha abandonado el pecado para amar á Dios y santificar su alma, lo primero que debe prometer al Señor es huir con diligencia todas las ocasiones de ofenderlo. No hay otro medio de conservar la gracia recobrada. El que después de convertirse se coloca de nuevo en las ocasiones de pecar, merece por su imprudencia caer otra vez en el lodazal de su pecado. Las ocasiones encierran siempre nuevos halagos para el corazón; nuestra miseria y debilidad no nos dejan nunca; el demonio, por su parte no descansa jamás; y ¿qué haremos en medio de tantos peligros? Huir de todos para no caer en ninguno. De nada sirve nuestra contrición;

inútiles son nuestras lágrimas; infructuosas nuestras buenas obras, si después de convertidos nos exponemos al peligro. Ninguno de los pecadores arrepentidos que hoy venera la Iglesia, hubiera sido santo, si no hubiera huído hasta de lo más remotos peligros. Pedro en el instante mismo en que Jesús lo convirtió, “salió afuera y lloró amargamente”, esto es, huyó del lugar y de las personas que habían sido ocasión de su pecado y bañó con lágrimas su iniquidad. Si expusiéramos una cosa de poca importancia, poniéndonos en la ocasión de pecar, tendría disculpa nuestra temeridad; pero exponemos lo más valioso que tenemos: la gracia de Dios y su amistad. ¡Oh Señor!, primero morir que perderte. Concédenos tu gracia y evitaremos en adelante todos los peligros de pecar.

PUNTO II.—Considera los terribles males que puedes acarreararte si no huyes de las ocasiones de pecar. En primer lugar, la recaída en el pecado. Nuestro Señor Jesucristo dice que cuando el demonio ha salido de una alma va y busca otros siete demonios peores que él, y entran de nuevo en ella, siendo el último estado de este hombre mucho más funesto que el primero. En efecto, la recaída postra más el espíritu y arraiga más en el corazón el dominio del pecado. En segundo lugar, la dificultad de convertirse otra vez. El Apóstol San Pablo enseña que “los que una vez fueron iluminados y gustaron el don del cielo, y fueron hechos participantes del Espíritu Santo; si después de esto han caído, es imposible que sean renovados por la penitencia pues crucifican al Hijo de Dios en sí mismos, y lo exponen al escarnio”. Estas palabras del Apóstol manifiestan cuán difícil sea levantarse después de la recaída. En tercer lugar, la impenitencia final. Nada castiga Dios tanto como la infidelidad á su misericordia. Al convertirte, le prometiste de un modo solemne serle fiel hasta la muerte. ¿Qué experimentará su corazón, cuando le ofendes

de nuevo? Puede ser que selle tu recaída con tu reprobación, y que la gracia que despreciaste sea la última que recibas; y ¿quién puede obligarlo á que te conceda otra? ¿No has perdido todo derecho con tu nuevo pecado? Teme, pues, tan funesta consecuencia y prevenla huyendo con empeño las ocasiones de pecar.

PUNTO III.—Considera que el patrocinio de María es un medio muy poderoso para no exponerte al peligro de pecar. La santísima Virgen aborrece el pecado, porque es ofensa de Dios, y quiere por lo mismo, que sus hijos se vean libres de este gravísimo mal. ¿Cuánto no los auxiliará, pues, para que no se expongan á sufrirlo? Ella misma se dirige á sus devotos y les dice: hijos míos muy queridos, huid de los lazos con que el mundo pretende aprisionaros; evitad con cuidado todos los objetos que puedan halagar vuestros sentidos con perjuicio de vuestra alma; alejáos lejos del demonio á fin de impedirle que os inficione con su aliento. Ahora más que nunca necesitáis la vigilancia sobre vosotros mismos para estar listos á la menor señal de combate. Nada temáis, con tal de no exponernos voluntariamente al peligro, tenéis segura la victoria. Confíad en mí; ¿qué enemigo habrá que resista mi poder? Si el mundo os atrae con sus encantos, yo os haré gustar las delicias de la piedad; si el demonio tienta vuestro corazón, yo os auxiliaré para que lo humilléis, si la carne rebelde os esclaviza, yo os daré fuerza para que la reprimáis. Acudid, pues, á mí y no pereceréis.

XXII

MEDITACIÓN SOBRE LA FRECUENCIA DE SACRAMENTOS

PUNTO I.—Considera la necesidad de frecuentar los sacramentos para perseverar en el bien y salvarte. La